

Instantáneas del animalario urbano

PEDRO GÓMEZ GARCÍA

Mirar un cuadro es siempre ver más allá de lo visible. Es también verse de algún modo. ¿Qué veo en estos lienzos? Escenas que podría haber admirado en la calle, la plaza, la casa. Ese excéntrico camaleón encaramado en una rama pelada, por detrás del monumento de Cristóbal Colón con la reina Isabel la Católica. Esa pareja de caracoles a la vera de la fuente de una soleada placeta albaicinera. Esos peces de colores en la pecera, sobre una mesa, frente al ventanal desde el que se divisa una iglesia, cuyo reflejo distorsiona la cristalina esfera convertida en lente. Esa ausencia de figura humana... Pero, ¿qué significado darles?

Son botones de una muestra que bastan para resaltar el multiforme exotismo con el que convivimos, tal vez como metáfora de la extrañeza que nos suscitamos unos a otros en este zoo abierto que constituye la ciudad.

Del aire vive el camaleón, como pájaro sin alas, con rabo de antropoide y ojos de videocámara digital; mal camuflado en la selva urbana, logra capturar insectos con el vuelo de su larga lengua. Resulta sin duda hábil lingüista pragmático, como los humanos avezados en usar la lengua para engañar.

El molusco gasterópodo es un animal de tierra pero sin patas, miniatura de trompa que se arrastra, hermafrodita que prefiere relaciones heterosexuales. En salsa picante puede ser bocado exquisito, pero el caracol de asfalto recibe el mismo desprecio que una babosa; pues injustamente se le atribuye la contaminación que le impone un medio urbanizado.

Los peces en la pecera están lejos de estar como el pez en el agua. Son animales acuáticos privados de mar, de río, laguna y estanque. Los miramos ahí como si fuera un rudimentario televisor. Presos sobreviven de las migajas que les dejan caer en su hermético microcosmos. Es como si ese empobrecido mundillo simbolizara el de cualquier vecino, cuando su participación en el mundo real se limita ya a ver desde el alféizar de la televisión.

A su modo, cada protagonista del animalario va reflejando al espectador su propia imagen en un espejo, puesto delante por la magia del pintor.

Contemplémonos en esos bichos insólitos que contemplamos, en situaciones anómalas por cuanto no los exigen, casi tan sólo adornos en medio de un entorno hostil, quizá caprichos de alguien, y que acaso sólo por capricho salvan la piel o parecen destripados.

Pobres animalitos, no saben que bordean la frontera entre su estado silvestre y la posible reproducción industrial, que los salvaría de la extinción a costa de encadenarlos a la rentabilidad del mercado. Si hasta hoy han sobrevivido, es porque no compiten por los mismos recursos que su dueño y porque, por alguna superstición, no se consideran buenos para comer. Por fortuna, han resultado buenos para pintar y despertar la emoción estética. También parecen buenos para pensar acerca de la poliédrica condición humana. Ojalá la animalidad compartida que todo esto revela nos conmueva para respetarlos y apreciar la diversidad de la vida, a la que por el mismo título y con mayor razón pertenece la pluralidad aparentemente exótica de nuestra propia especie, integrada en la ciudad.